Ahora EL PUEBLO

Crónicas

DOMINGO 13 DE JULIO DE 2025

AÑO 5 - Nº 185

Jaime del Río, el 'Zorzal de Chijini' que cantó su propia pena

Págs. 6-8

// FOTOS: ARCHIVO QTWA, COMUNIDAD DIVERSIDAD Y RRSS

Las extrañas señales que dejó la tormenta

Págs. 2-3

Escenarios titiriteros en Bolivia y nuestra América

Págs. 4-5

CRÓNICA ÍNTIMA DESDE LOS CAMINOS DE LA MONTAÑA

Las extrañas señales que dejó la tormenta

Una cruz mutilada, una apacheta desaparecida y una piedra perdida son los indicios que acompañan el recorrido de un caminante que reflexiona sobre la muerte, la memoria y la furia de la naturaleza en medio de un paisaje que cambia con la lluvia.

// FOTOS: IA

Pablo Cingolani

La cruz que recuerda la memoria de Lidia Cruz Chambi se había roto. Era de metal liviano, mal soldado, muy precaria: con tanta lluvia, cascajo y piedra cayendo, algo la mutiló y ahora ya no cuenta con uno de sus brazos, donde estaba escrito su nombre: Lidia y parte de la fecha de su fallecimiento: 30 de junio de 2014. Este año ya se cumplió más de una década desde su partida.

Es una almita que quiero mucho la de Lidia. Reconocí su cruz —la cruz de Lidia Cruz— hace algunos años ya que se mimetizaba con el terreno, un sombrío lugar debajo de un prominente precipicio de greda. Oscuro como la tumba donde yace mi amigo, sentí primero, a lo *Lowry*, luego vino a mi esa inmortal rima de 'Bécquer'. Gustavo Adolfo: "Tan medroso y triste/ tan oscuro y yerto/ todo se encontraba/ que pensé un momento: ¡Dios mío, qué solos/ se quedan los muertos!", después me acordé del Ramón y su novela sobre el mariscal Sucre y su asesinato injusto y sí, Lidia, Lidia querida: qué sola estabas hasta que vi tu cruz y cada vez que pasaba a tu vera, te saludaba, te recordaba viva —¿quién serías noble almita? ¿Cuáles azares hicieron que tu cruz se ►

Ahora EL PUEBLO
Crónicas

DIRECTOR
Carlos Eduardo Medina Vargas

COORDINADORA
Milenka Parisaca Carrasco

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:
Pablo Cingolani
Grober Loredo Olivares
David Aruquipa Pérez

DIAGRAMACIÓN
Horacio Copa Vargas

FOTOGRAFÍA
Jorge Mamani Karita

Redes Sociales

www.ahoraelpueblo.bo

La Paz-Bolivia
Calle Potosí, esquina Ayacucho N° 1220
Zona central, La Paz
Teléfono: 2159313

alce en un lugar tan triste, triste de verdad, tristísimo?— No lo sabré nunca, pero te seguiré acompañando para desmentir, así sea una pizca, que el destino de los muertos es la soledad y el olvido. Tu cruz mutilada y herida renueva mi fe en ese más allá donde vos estás y alguien te ampara y te cuida.

Las lluvias, las más abundantes en décadas, están mostrando la vulnerabilidad de una ciudad construida —a la mala— encima de los cerros, en medio de las montañas. Tenía que verlo, sentir a esa naturaleza que no perdona nunca, como aseguraban los Kuna del istmo, los que definían todo lo que estaba debajo de ellos como Abya Yala. La quebrada estaba tan llena de agua como nunca que recordara y el agua, se sabe, es invencible, nada puede detenerla, nada puede impedir que cumpla con su destino. Agua que maravilla siempre, si corre, si canta, si baja, si arrasa, si es libre. El agua fluyendo, desde el principio de los tiempos vívidos, es la más fértil e incontrastable verificación de que la vida existe, la vida es bella, la vida vale la pena, aunque el Éufrates se esté secando, al otro lado de este nuestro desangelado mundo.

Entonces, el agua y el caos —aparente— que el agua desata: la quebrada era otra y, así serán siempre las cosas naturales, era la misma. Tenías que verlo: deslizados promontorios de tierra, piedras rodando (Muddy Waters presente), cambios de cauce, árboles caídos, una nueva configuración del espacio que clama, te grita: ¡ey!, tú, respétame, entiende mis mensajes, cuídate, vivamos juntos si así lo entiendes. La recreación de la creación del mundo podías sentirla: como el agua hacía lo suyo, lo que sabe, desde su ser invicta, su estar omnipresente, dadora de toda la vida, única y victoriosa, Diosa Madre líquida.

Trajinando este mundo mutante, descubres la segunda señal: la piedra, bajo el alero, donde estaba dibujado el ojo que todo lo mira, ya no está. Era una piedra muy querida porque fue ofrendada cuando la partida de la Gabrielita. Mierda, pensé, ¿dónde está la piedra? La busqué vanamente por los alrededores del alero y no la encontré; lo que hallé, como si madre natura quisiera compensarnos fue una apacheta que se alzaba en el filo de una pequeña quebrada lateral a la quebrada principal, recostada sobre la piel rocosa del cerro, como si esas piedras, con tanta lluvia, hubieran decidido aferrarse a la madre montaña para no rodar, para no viajar o, porque no, irse al carajo. Sentí eso: un equilibrio. Un deseo de tal. Algo así. La Gabrielita estaba allí, presente, en esas tenaces piedras que habían resistido a todo. Pensé: en la vida no se trata de ganar, sino de resistir. He ahí la belleza de esas piedras porque esa es la belleza de la existencia: luchar, no doblegarse, ser ellas mismas. En medio de todos estos vertiginosos cambios, ellas, las piedras, seguían allí.

Luego, me enrumbé por la quebrada de los helechos: una angostura donde si antes había caos, allí estaba multiplicado. El agua bajaba rauda, la vegetación se había expandido y crecido, chapoteabas en el barro, resbalabas en las piedras, te mojabas y te mojabas sin remedio, una circunstancia casi anfibia y nada, es allí donde, como siempre, te preguntas: ¿por qué? ¿por qué estoy aquí y no estoy seco y abrigado en mi casa? Te preguntas y te respondes, como siempre: porque sí, eso es lo que siento que es la vida, mi vida, porque sé que, si la montaña no me reclama, volveré a mi casa.

Saliendo de la angostura, te recibe la puna, el panorama cósmico, los Andes mismos y una pareja de alkaramis: es una salida de la caverna antiplatónica, es muy pero muy poética, un complemento: de la poética del caos de un mundo que sigue haciéndose a la serenidad, majestuosa, de un mundo ya hecho: las montañas y su certeza, las montañas y su confianza, las montañas y saber y sentir que siempre estarán allí. Lo que no estaba era la apacheta de Tiñipata.

La apacheta de Tiñipata fue parte de nuestra vida. Ante todo, porque era la apacheta más cercana a nuestra casa. Después, porque se alzaba en un lugar donde, como decía, el paisaje se abre, los Andes se brindan. Desde allí, podías ver muchos caminos/travesías posibles: la vida entera. La apacheta de Tiñipata fue honrada y bendecida con coca, palo santo, alcoholes, incluso con dos pequeñas zampoñas. Era un sitio sagrado, una conexión entre todos los mundos/caminos/travesías posibles: la vida, nuestra vida, la vida de algunos, muchos, pocos, ¿qué importa? El hecho es que, de la apacheta, encabezada por el mini menhir como le llamaba, no ha quedado nada.

¿Fueron las lluvias las que la arrastraron? Algunas piedras en el precipicio, colgadas de la vegetación, de las pajas bravas, pueden decir que sí, que así fue: la Diosa Madre se encargó de deshacerla.

Sin embargo, restos de cáscaras de huevo duro, cercanos a donde se situaba la apacheta, nos intrigan: ¿qué sucedió? ¿Los comedores de huevos duros eran caminantes? ¿Los comedores de huevos duros eran profanadores? Nunca lo sabremos. Esta es la señal más extraña de todas: es lo inexplicable.

Empecé a bajar confundido, con los sentimientos mezclados, sin darme una respuesta —hasta ahora que lo escribo— sobre qué pasó con la apacheta más cercana a nuestra casa. Nuestro único mérito, a los humanos me refiero, es la voluntad. La voluntad humana alzó las pirámides de Egipto, Stonehenge y las apachetas andinas. Hay esa necesidad/voluntad de dios, de amor, de amparo, de cuidado, de pasión por la vida que atraviesa la historia. Dirán: el faraón lo hizo, lo ordenó, los obligó a hacerlo. Dirán: el inca se construyó Machu Picchu para sí mismo. No sé: los chinos son los que mejor comulgan con el deber ser y la libertad, por eso alzaron la Gran Muralla. Eso lo entendió Mao en la Gran Marcha.

Bajando y bajando, vi la señal definitiva del destino: el camino de acceso, del lado que arrima hasta mi casa, estaba absolutamente destruido. Unos huecazos, sifones los dicen acá, que imposibilitan cualquier paso. *No way, my friend*: todo tiene un límite, la modernidad lo tendrá, la inteligencia artificial y toda esa paja lo mismo. Podrán seguir creyendo que pueden domarla y explotarla y mancillarla, pero cuando la naturaleza habla, como decían los Kuna: no perdona nunca.

Lidia, Lidia querida: te cuida el viento, te cuida la lluvia, te cuida la tierra, todo esto que escribo es para vos porque en vos y tu cruz olvidada y mutilada, se están todos mis mártires y todos mis muertos y esa señalada, indomable e irreversible circunstancia hace que yo también te cuide. Que siempre sea en buena hora mi hermana del alma y de la vida que camino.

PINCELADAS TITIRITERAS

Escenarios titiriteros en Bolivia y nuestra América

Desde la salita del hogar hasta los grandes teatros, los títeres mantienen su vigencia como forma de expresión artística, educativa y política en América Latina.

Grober Loredo Olivares (*)

Una característica de los títeres —a diferencia de otras expresiones artísticas— es que suceden en el mismo momento que el público los aprecia: son un arte vivo. Otra es su notable ductilidad para adecuarse a cualquier escenario, con más o menos facilidad. A partir de la experiencia propia y del intercambio con colegas de diversos países de nuestra América bosquejamos el siguiente panorama. Entiéndase que los escenarios señalados no son los únicos ni, necesariamente, por los que transitan todos los elencos artísticos.

LA SALITA DE LA CASA

Si, la salita, el comedor o el espacio más amplio de la casa suele ser el lugar donde se lleva a cabo la primera presentación de un elenco titiritero y su primera obra. Por lo menos en Bolivia, esa es una certeza. Puede también suceder que éste sea el escenario del ensayo final o general (de sucesivas obras) a las que serán invitados parientes y amistades cercanas; eso sí, con sus wawas. Con dicha presentación o ensayo con público, se busca sentir las reacciones del público e intercambiar ideas que, luego, aporten al espectáculo.

Espectáculo de títeres en el tinglado de un colegio.

PARQUES Y PLAZAS

Desde que se tiene memoria, los espacios públicos han sido potenciales escenarios para los títeres. Es frecuente encontrar a titiriteras/os —sobre todo en países vecinos y en Europa— divirtiendo al público en calles, parques y plazas.

Dado que estos son lugares por donde la gente transita, los espectáculos que se presentan son de corta dura ción que, con pausas temporales, se repiten durante la jornada. En general, se espera el aporte voluntario de los eventuales espectadores.

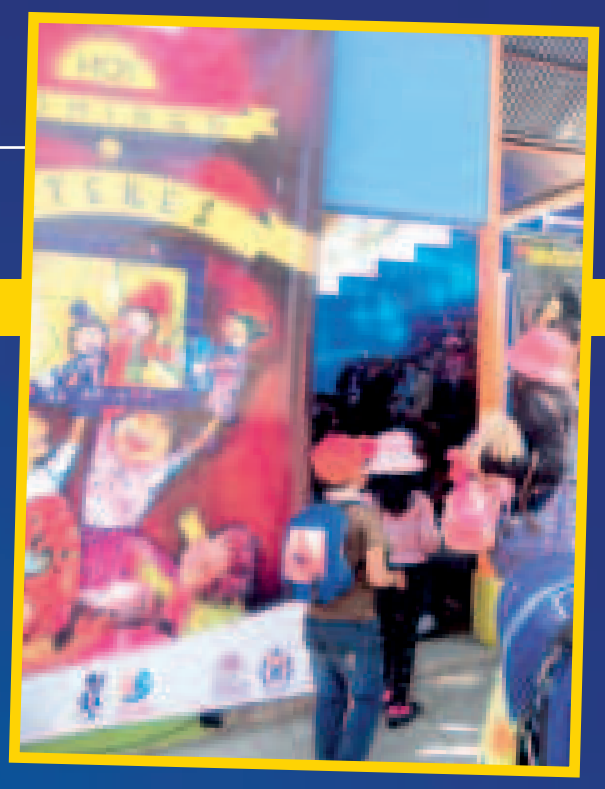
Excepcionales serán los parques con escenario, especialmente concebido (o adaptado), para la realización de funciones de títeres. Ese fue el caso del Parque Vial de Cochabamba, donde su anfiteatro fue convertido por ocho años en El teatrito del Parque. Ahí los Títeres Elwaky hicieron de los domingos un hábito para las familias alrededor del arte.

Otra experiencia vital de la titiritería latinoamericana fue desarrollada durante treinta años por los títeres Kusi Kusi, en La Cabañita del Parque de la Exposición, en pleno centro de Lima, Perú. Más corta fue la vida de los títeres en el Parque de los Monos de la ciudad de La Paz, antes que el Pumakatari adecuara el lugar para una estación de tránsito. Impulsada

Presentación de una obra con títeres en el escenario de un teatro.

// FOTOS: TÍTERES ELWAKY

Función de títeres durante una feria cultural.



por Títeres del Río, fue una demostración de una manera particular de darle vida al parque urbano.

LAS ESCUELAS

Sea en el patio, tinglado, auditorio o el aula más grande, las escuelas han sido por mucho tiempo, y todavía lo son, los lugares donde la infancia ha tenido su primer contacto con los títeres.

Al margen de las condiciones sociales, las regiones geográficas o la identidad cultural de niñas y niños de nuestras unidades educativas, a lo largo y ancho del país, las historias protagonizadas por los títeres suelen capturar su atención a tal punto que maestras y maestros sueñan con lograr lo mismo en sus clases regulares.

No obstante, el aporte de los títeres a la educación, ya sea como expresión artística en sí misma o a través de la temática que suelen adecuarse a la currícula escolar, no siempre es aceptado y menos promovido por sus autoridades.

EL TRANSPORTE PÚBLICO

Horacio Peralta, titiritero argentino, cuenta que durante su exilio en París se dio la libertad de colocar una tela entre los barrotes de alguna unidad del transporte del metro subterráneo. Con representaciones mudas, precisas y limitadas a cinco minutos —el tiempo que tardaba el tren de una estación a otra— lograba alegrar a los pasajeros y recibir de ellos un aporte voluntario. Aquella experiencia se transformó en una escuela para toda una generación de artistas que, perseguidos o amenazados por la dictadura militar iniciada en 1976, habían tenido que abandonar su país.

En nuestro país, eventualmente, solemos toparnos con algún titiritero trashumante que se sube al bus y realiza un número que rompe la rutina.

LAS FERIAS DEL LIBRO

Por largo tiempo y, sobre todo, desde mediados de la primera década del presente siglo, los títeres se han convertido protagonistas habituales de las ferias nacionales e internacionales del libro. Generalmente auspiciadas o contratadas por entidades estatales (ministerios y alcaldías) o no (empresas, ONG, editoriales) suelen ser una de las atracciones para la diversión del público infantil.

Las obras literarias, llevadas a escena en adaptaciones para títeres, ya sea como propuestas aisladas o en el formato de festivales, suelen ser una opción superadora del arte al servicio del arte.

LOS TEATROS

Pocas son las oportunidades en las que los títeres se presentan en los principales teatros de nuestro país. En todo caso, éstos son los espacios que cuentan con las mejores condiciones técnicas para la puesta en escena de una obra de títeres y —desde el lado del público— disfrutarla.

Protegidos de las inclemencias del tiempo, con vestuarios para los titiriteros/as, donde éstos pueden prepararse para la actuación. Equipo de sonido, iluminación y técnicos para su manejo, ventanilla para la venta de entradas o venta virtual, butacas para el público, servicios higiénicos... todo, favorece y dignifica la labor de los artistas y valora la presencia del público.

* Es gestor cultural y parte de Títeres Elwaky

Show de títeres en una unidad educativa.

MEMORIA ÍNTIMA DEL CANCIONERO BOLIVIANO

Jaime del Río, el 'Zorzal de Chijini' **que cantó su propia pena**

Fue bohemio, elegante, incomprendido y brillante, y compuso himnos al desconsuelo. Su historia salió a la luz después de un plagio musical y gracias al testimonio de quienes lo amaron.

David Aruquipa Pérez

En abril de 2011, durante una entrevista que realicé a Rommy Astro —una de las emblemáticas chinas morenas travestis del Gran Poder—, me habló del cantautor Jaime del Río. Me contó que vivía por la calle Pedro de la Gasca y, en voz baja, con una mueca pícara, me confesó: "Jaime del Río era gay".

"Todas lo sabíamos, y también sabíamos que sufría mucho, probablemente por su situación familiar y por su sexualidad. Tal vez por eso compuso tantos temas de amor y desconsuelo. Sus canciones eran verdaderos himnos de nuestra época", recordó Rommy. Evocó especialmente la canción *Mi pena*, a la que describió como un cántico que dejó huellas profundas en la vida de muchas personas, porque reflejaba con crudeza los sentimientos más tristes de desprecio e impotencia que muchos vivían en silencio.

Ese primer encuentro me impulsó a buscar más datos sobre la vida de Rubén Ramírez Santillán, cuyo nombre artístico fue Jaime del Río. Indagué en la página de *Pentagrama del Recuerdo*, un programa radial y grupo de investigación sobre música boliviana dirigido por Alfredo Soliz Béjar, quien plantea que el artista nació en Cochabamba, en 1929. En cambio, Elías Blanco, autor del *Diccionario de la cultura boliviana*, sostiene que nació en La Paz en 1921. Las fuentes son divergentes tanto en la fecha como en el lugar de su nacimiento.

Alfredo Soliz describe que el cantautor vivió su niñez y juventud muy cerca del parque Osorio, en Cochabamba, y que se dio a conocer en el pequeño auditorio de radio Cultura AM 1090, donde interpretaba su cancionero inmortal: la cueca *Mi pena*; los taquiraris *Estás de más*, *Palomita blanca* y *Sin motivo*. Este dato puede corroborarse con el disco original que forma parte del archivo fonográfico de música boliviana del Espacio Simón I. Patiño, editado por el sello Méndez.

Me estremeció el corazón cuando escuché por primera vez en un tocadiscos esa cueca, cargada de dolor y sentimiento, en la propia voz de Jaime del Río. La letra es, sin duda, un "corta venas".

Jaime del Río

"Una pena tengo yo, que a nadie le importa,
que me importa de nadie si a nadie le importo yo.
No quiero humillaciones, no quiero compasión,
solo, solo he nacido, solito voy a vivir,
solo solo he nacido, solito voy a morir".

Pocas personas recuerdan a este gran artista. Entre quienes me ayudaron a reconstruir su historia está el maestro Ernesto Cavour, quien nos dejó en 2022. En todas sus entrevistas, él reconocía al barrio de Chijini como la cuna de la bohemia paceña. Y al hablar de Jaime del Río, recordaba haberlo conocido cuando tenía apenas siete años, gracias a su tío Jaime Sanjinés, que fue amigo de barrio del cantautor.

"Lo recuerdo como un bohemio; siempre lo veía con su chalinita al cuello, muy alhajo, simpático. Ya de joven supe que fue el propio Jaime quien eligió el sobrenombre 'del Río' como nombre artístico. Según contaba, lo habían levantado del río, así como a Moisés, que según la historia bíblica fue salvado de las aguas", evocó Cavour.

Este detalle de su vida es revelador. Jaime del Río fue hijo natural, es decir, nacido fuera del matrimonio. En los años 1920, esa condición tenía implicancias legales y sociales de fuerte carga segregacionista. En la actualidad, en cambio, muchos países —incluida Bolivia— han eliminado esas distinciones para evitar los juicios y estigmas que, en el pasado, generaron tanta violencia y discriminación en otrora.

RECUERDOS FAMILIARES DEL INFALIBLE JAIME DEL RÍO

La familia de Jaime del Río, conformada especialmente por sus sobrinos, me recibió en su casa de Achumani en 2015. La reunión fue organizada expresamente para hablar sobre su tío, el recordado cantautor. Emocionado, su sobrino Raúl me contó que Jaime era un ►

Hasta 2013, no se conocía dónde estaban los restos del artista.

Lado A del disco Jaime del Río.

Lado B del disco Jaime del Río.

hombre pretencioso, orgulloso y altanero. Se vestía tan impecable y con tanta elegancia que emulaba a Carlos Gardel. Todos los días lucía trajes a la moda, todo un artista, un galán.

Había ganado varios premios otorgados por la alcaldía, pero lo irónico –según Raúl– era que vivía con escasos recursos, en un cuarto de aproximadamente 7 por 4 metros. Ese espacio se lo había cedido su tía María Ramírez, en una casa ubicada en la calle Pedro de la Gasca, más conocida como *thanta qhathu*, expresión aymara que significa "mercado de lo viejo".

Era una sola habitación que reunía la cama, algunos muebles, la cocina y una pequeña sala; un espacio modesto pero cálido, donde acogía a todos sus amigos y se gestaban inolvidables noches bohemias.

Rilma Ramírez, su sobrina, recuerda que su tío era muy cariñoso con ella y la llamaba "mi pequeña Lulú".

"Pasaba todos los días por su casa. Él me peinaba con trencitas adornadas con rosones para ir al colegio; tenía una paciencia única. Ya cuando era adolescente, venía a mi casa. Como todo artista –y como muchos incluso hoy– no tenía recursos. Traía cuadernitos con letras escritas a lápiz y me decía: 'Hijita, transcribe mis escritos en la máquina de escribir'. Y yo lo hacía encantada. Su cuaderno estaba lleno de composiciones. Escribía bastante y ensayaba con Gilberto Rojas. Por eso le decían 'el infalible', siempre estaba presente en las fiestas de las tías, acompañado de su amigo. En esa época, en la mayoría de las casas grandes había un piano. Mi tío cantaba y Gilberto tocaba. Eran compañeros de arte, inseparables. Ahora entiendo tantas cosas. Cuando iba a su cuarto, las paredes estaban cubiertas de versos, de mucha poesía... Si las paredes hablaran. A ese mar de letras lo acompañaban fotos de artistas recortadas de revistas antiguas como Carlos Gardel, Frank Sinatra... Era impresionante. Seguramente transcribí muchas de esas canciones. Cuando le preguntaba en qué se inspiraba, él suspiraba y me decía: 'En todo lo que te hace la vida, hijita'".

El sobrino Raúl Ramírez Ustariz cuenta que su tío asistía a todas las fiestas familiares. Afirma que 'el infalible' no podía faltar, aunque muchos se incomodaban con su presencia. Jaime del Río más fue comprendido por su familia –dice–. Lo discriminaron, privándolo de los derechos que le correspondían por haber sido hijo natural, porque era mal visto en aquella época. Y peor aún si se era artista, después de los malhechores, eran los más rechazados.

"La madre era una señora cochabambina de pollera, de esas lindas cochalitas rubias, que ante su belleza ha sucumbido mi tío abuelo, el padre de Jaime del Río. Mi tío, con una prodigiosa voz, seguramente por este amor a su madre, compuso el taquirari *'¡Oh, Cochabamba querida!'*, que se convirtió con el tiempo en el segundo himno de esta ciudad. *¡Oh Cochabamba querida! Ciudad de mágico encanto, te doy entera mi vida, en este mi humilde canto*... Sus canciones hasta la actualidad perduran, pero no le reconocen los créditos, por lo mismo su familia en la actualidad lo recuerda con amor y aplauden su talento, no en vano le decían: el 'Zorzal de Chijini', por su voz, una lástima que nos dejó tan joven", rememoró Raúl Ramírez.

SIENTO YO EN EL ALMA, UN DOLOR PROFUNDO...

Jaime del Río vivió su homosexualidad en una época profundamente conservadora, en la que tuvo que enfrentar la discriminación y la soledad, sentimientos que se reflejan en su cueca *Mi pena*. A diferencia de muchos otros autores que le cantan al amor perdido y al amor ausente, él cantaba a sí mismo, a su propia existencia.

Tuvo que ocultar su homosexualidad frente a su familia. Su sobrino recuerda que, cuando tenía 11 años, veía a su tío como a un gigante, simpático y distinto al resto de la familia Ramírez, a quienes –dice– no percibía con el mismo garbo.

"El tío tenía una elegancia colgada y un carisma excepcional. Estar ahí, observándolo mientras contaba tantas anécdotas, era fascinante. Siempre fue el centro de atención, despertaba simpatías y también antipatías en la familia. Por supuesto, fue muy reservado con su vida privada; nunca dijo nada, aunque todos sabían de su orientación sexual", asevera.

Raúl Ramírez, su sobrino, recuerda que Jaime del Río murió joven. "Algunos dicen que fue por una intoxicación, y otros en la familia creen que lo asesinaron. Parece que intentaron robarle su guitarrita, que en esa época costaba mucho. Lo cierto es que lo encontraron después de cuatro días, tendido en la cama de su propio cuarto".

Ramírez relata que, como su tío siempre andaba de parranda en parranda, probablemente nadie se sorprendió por su ausencia. "Sabemos que en esa época el mundo de la bohemia implicaba un estilo de vida particular, y Jaime del Río lo vivía plenamente: salidas, cantadas, copas. Bebía bastante –como decían los artistas– 'para calentar la garganta', 'para templar ►

// FOTO: RRSS

Disco de Carlos Gardel.

// FOTOS: ARCHIVO QTWA, COMUNIDAD DIVERSIDAD

Sobrino de Jaime del Río, en el homenaje a 50 años de su muerte.

las cuerdas vocales'. Pero nunca lo vi borracho, tambaleándose. Era un hombre que cuidaba mucho su imagen. Seguramente bebía en su cuarto o en otros espacios más reservados".

Este dato corrobora el testimonio de Cavour, quien ya señalaba que el cuerpo de Jaime del Río fue encontrado en su habitación después de cuatro días, en estado de descomposición. Según su relato, la muerte pudo haber sido causada por una intoxicación alcohólica o incluso por un asesinato en su propio domicilio. No se descarta que se haya tratado de lo que hoy se denomina como un "crimen de odio por orientación sexual". La verdad, nadie la sabe con certeza.

Cuando realicé la entrevista al maestro Ernesto Cavour, no se conocían detalles sobre la causa de muerte de Jaime del Río; incluso se ignoraba el lugar donde estaba enterrado. Todo cambió el 14 de octubre de 2013, cuando, gracias a la información de Fernando Laura —admirador del artista—, se logró ubicar su nicho, cuya ubicación era conocida únicamente por la familia.

Ese hallazgo permitió organizar, por fin, un homenaje por los 50 años del fallecimiento de Jaime del Río. El acto contó con la participación de representantes de Sobodaycom, encabezados por Arturo Conde Ramírez, y del sobrino del artista Raúl Ramírez, quien hasta hoy emula a su tío en el canto, los gestos y las emociones.

Fue un homenaje sentido, que concluyó con una cálida reunión íntima en casa del sobrino, como un acto de memoria y reivindicación familiar.

TRAS LAS HUELLAS DE JAIME DEL RÍO

En mi búsqueda personal, visité el Cementerio General en 2015 para solicitar acceso a los registros de defunción e inhumación del artista. Me compartieron documentos clave, los registros del 17 de octubre de 1963. En el número 201 aparece Rubén Ramírez Santillán, de 40 años, compositor y músico. El pase para inhumación, otorgado por el Registro Civil de La Paz, indica que su fallecimiento fue inscrito en el libro de Defunciones Nº 1-63, partida Nº 17.

El registro detalla: sexo, varón; nacionalidad, boliviana; estado civil, soltero; condición, hijo legítimo; domicilio, Pedro de la Gasca s/n; lugar de defunción: La Paz; fecha de fallecimiento, 13 de octubre de 1963; causa de la muerte, neumonía aguda.

La defunción fue certificada por el doctor Raúl Salas Linares y el documento firmado en La Paz el 17 de octubre de 1963.

Después de revisar este documento, las hipótesis sobre su fallecimiento siguen sin esclarecerse del todo. Oficialmente, la causa de su muerte fue registrada como neumonía aguda.

La historia de la cultura popular en nuestro país es tan diversa como heterogénea. En ese intento de construir una memoria colectiva, se han olvidado —u omitido— aportes fundamentales de personajes ilustres del cancionero nacional. Artistas como Jaime del Río son un referente innegable de nuestra identidad musical.

Tuvo que ocurrir un hecho polémico para que su nombre resurgiera: el plagio ocurrido en septiembre de 2013 por parte del grupo peruano Do Re Mi, que modificó el emblemático tema *¡Oh, Cochabamba querida! por ¡Oh, Quillabamba querida!* Fue entonces que, impulsadas por artistas paceños, las autoridades ediles de Cochabamba sacaron a la luz el nombre del verdadero autor: Rubén Ramírez Santillán, conocido artísticamente como Jaime del Río. Así, su historia comenzó a hacerse pública.

Es urgente que valoremos y rescatemos del olvido a muchas y muchos artistas que han engrandecido nuestra cultura. Por eso, muy pronto, en una sorpresa inédita, se publicará la *Biografía colectiva La Paz*, impulsada por la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia (FC-BCB), donde una de las semblanzas será de Jaime del Río. Con ella, ¡honremos la vida del 'Zorzal de Chijini' como un merecido homenaje a este gran artista!

// FOTO: RRSS

La ciudad de La Paz en los años 60.

Siento yo en el alma
Jaime del Río

Siento yo en el alma, un dolor profundo,
ya no encuentro calma, para mí en el mundo.
Por qué me atormentas, con tu indiferencia
Por qué me acongojas, con tus pretensiones
Quisiera matarme, para así olvidarte,
pero es imposible, no podré olvidarte.
Márchate, te ruego, huye de mi lado,
para ver si luego, pueda yo olvidarte.
Oh, no, no te vayas, por favor, no intentes.
Yo sé que lo harías, porque nada sientes.

// FOTO: ARCHIVO Q'TWA. COMUNIDAD DIVERSIDAD

La tumba de Jaime del Río, en el Cementerio General de La Paz.